

Teatro Capranica – Roma, 17 de noviembre de 2011

«Y vio Dios que era bueno»

Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

«Y vio Dios que todo era bueno, (...) y era muy bueno» (*Gn* 1,4.10.12.18.21.31). Esta afirmación, repetida seis veces en el primer capítulo del Génesis, expresa la convicción fundamental del pueblo de Israel sobre la realidad: lo que existe es bueno, más aún, muy bueno. No es una afirmación ingenua, de alguien desprevenido, al margen de la historia real de los hombres y de sus aflicciones. Como es sabido, estos primeros capítulos del Génesis no fueron escritos al comienzo de la historia de Israel sino muchos siglos después, al final de un largo recorrido en el que a Israel no se le ahorró ninguna prueba de las que sufrieron los demás pueblos.

En este sentido, la pregunta se hace todavía más apremiante: ¿Cómo pudo Israel alcanzar una convicción tan cierta del carácter positivo de la realidad después de que toda su historia hubiera estado marcada por sufrimientos, tribulaciones y obstáculos de todo tipo?

Esta actitud del antiguo pueblo de Israel ante la realidad sorprende aún más si la situamos en el contexto cultural de los pueblos cercanos. De hecho, la experiencia del dolor había llevado a los demás pueblos a una convicción bien distinta. Es decir, que la realidad no es del todo positiva; más aún, que existen dos tipos de realidades: una positiva y una negativa. Es lo que llegó a formular el maniqueísmo: existen dos principios, uno bueno y uno malo, que se reflejan en una creación que es buena y en otra que es mala. ¿Por qué no prevaleció también en Israel esta visión maniquea?

Sólo por su historia. La experiencia que ese pueblo tuvo de Dios fue tan positiva, aun en medio de todas sus tribulaciones, que Israel no pudo más que afirmar Su bondad. Dios se había revelado con toda su potencia salvadora. Y de esta experiencia sacaron la conclusión: el salvador es también el creador. En el origen de todo existe un único principio bueno. Todo lo que proviene de Dios, que es bueno, es igualmente bueno. Por lo tanto, la realidad es positiva. La presencia de Dios en medio de su pueblo fue lo que enseñó a los judíos a ver la realidad en su verdad, hasta el punto de no dejarse determinar por la multitud de tribulaciones que sufrieron y que hubieran podido impedirles una mirada verdadera hacia la realidad.

Me viene a la cabeza un ejemplo que les ponía a mis estudiantes en el instituto. Si unos padres llevan a su un hijo a Disneylandia, podemos fácilmente imaginar que el niño se quedará asombrado con todas esas atracciones. Si prestamos atención a todas sus reacciones, una tras

otra, también nos dejará sorprendidos toda la fascinación que la realidad ejerce sobre él. Todo lo recibe como algo bueno. Pero, pongamos un ejemplo, si por un descuido el niño se separa de sus padres y se queda solo en medio de la muchedumbre, todo cobra otro sabor. La realidad es la misma que antes, pero ha cambiado radicalmente la percepción que el niño tiene de ella. Ya no la percibe como amigable, sino como una amenaza, como algo hostil. Sólo cuando vuelve a encontrar a sus padres, puede recobrar una percepción verdadera de la realidad.

Pero, lo que más nos llama la atención es que el pueblo de Israel haya adoptado esta actitud positiva ante la realidad precisamente en un momento de crisis. Cuando perdió el templo, la monarquía y la tierra, y tuvo que marcharse al exilio, Israel fue despojado de todo lo que le identificaba, como el fundamento de su fe. «Israel, pueblo de Jacob, ¿por qué te quejas? ¿Por qué dices: “El Señor no se da cuenta de mi situación; Dios no se interesa por mí”?» (Is 40, 27). El pueblo se siente abandonado, “dejado” por ese Dios que lo había escogido. Para responder a esta duda Israel se vio obligada a encontrar un fundamento todavía más firme. Dios envía a Isaías en ayuda de su pueblo para que pueda mirar bien la realidad que tiene delante: «Levantad los ojos al cielo y mirad: ¿Quién creó todo eso? [es decir, las aguas del mar, la inmensidad de los cielos, el polvo de la tierra y las montañas]. [...] ¿Acaso no lo sabes? ¿No lo has oído? El Señor, el Dios eterno, el creador del mundo entero» (Is 40, 26. 28). Cuando todo se desmorona, hay algo que permanece: la realidad y los ojos educados para mirarla.

Con el documento «La crisis: un desafío para cambiar», firmado por Comunión y Liberación, queremos ayudarnos a mirar a la realidad a partir de nuestra experiencia. Se trata de un juicio sobre la situación en que estamos inmersos y que corre el peligro de hundir a Italia y a toda Europa. Cada uno está llamado a tomar posición delante de este dato.

En sintonía con la perspectiva que describe el capítulo décimo de *El sentido religioso* de don Giussani, la clave de bóveda de nuestra posición se sintetiza en esta frase: la realidad es positiva. Todos hemos advertido en nosotros mismos y en los demás el golpe de este juicio nada más empezar a difundirlo. ¿Por qué? ¿Por qué nos choca? ¿Es cierto que la realidad es positiva? Este es el desafío que queremos lanzar a todos y a nosotros en primer lugar. Porque también nosotros pensamos que existe una realidad buena y otra realidad menos buena – en este sentido, somos maniqueos –, estamos inmersos en una situación que nos confunde, por lo cual no logramos enfocar bien la realidad. ¿Por qué nos choca?

Nos choca por la pretensión que encierra este juicio, en cuanto que reta nuestra mentalidad.

Con este juicio no ofreceremos una interpretación de la crisis válida solamente para los católicos, como si dijéramos “para nosotros” la realidad es positiva porque nuestra compañía, nuestro estar juntos, nos “convence” para pensar así, nos consuela así. Pretendemos que se trate de una evidencia que todos puedan reconocer. También en este punto nos ayuda don Giussani: «No inducimos una actitud positiva ante la vida y la realidad, a partir de la compañía (sería un pobre consuelo), sino que nos viene dada por la naturaleza; la compañía nos hace más fácil aceptarlo, incluso cuando atravesamos condiciones duras, situaciones complejas» (Luigi Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Milán, BUR, 2011, pp. 292-293).

La realidad se puede *percibir* positivamente porque *es* positiva. No se trata de “bautizar” la realidad a partir de un juicio previo religioso, de una visión “piadosa”, sino de reconocerla en su naturaleza última. La realidad es ontológicamente positiva.

¿Por qué?

La realidad es positiva porque existe. *Todo lo que existe* existe porque el Misterio ha permitido que aconteciera (todo, de hecho, tiene su origen en un *Quid* misterioso, nada se hace por sí solo); lo que existe provoca y pone en marcha a la persona, representa una invitación a cambiar, una ocasión para dar un paso hacia el propio destino. Cada circunstancia invita a dar un paso y es un instrumento para caminar: es un *signo*. La realidad es una provocación en cuanto que existe y, por tanto, una ocasión para que el yo vuelva a despertar de su adormecimiento. También la crisis, porque nos presiona con sus interrogantes.

«Una crisis – escribe Hannah Arendt – nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas pero, en cualquier caso, juicios directos. Una crisis se convierte en un desastre sólo cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos, es decir, con prejuicios. Tal actitud agudiza la crisis y, además, nos impide experimentar la realidad y nos quita la ocasión de reflexionar que esa realidad brinda»» (H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996, p. 186).

La irreductible positividad de la que estamos hablando, sin embargo, no se revela mecánicamente, sino sólo a quien acepta el desafío de la realidad, a quien se toma en serio sus preguntas, a quien no retrocede ante las urgencias de la vida. Sólo quien acepta semejante desafío puede encontrar las razones adecuadas, tanto para sí mismo como para los demás, para afrontar la crisis. ¡Cuántos testimonios tenemos de personas para las que las dificultades han sido una ocasión de cambio! Esta es la grandeza del yo que tenemos que rescatar ante la crisis; de lo contrario, ya estamos derrotados aunque la situación financiera se resuelva, derrotados como personas, porque hemos aceptado ser una pieza del engranaje de las

circunstancias. ¡Para cuántas personas ciertas situaciones de sufrimiento han sido una ocasión para ser rescatados de una vida anodina! ¡Cuántos frutos inesperados y sorprendentes han nacido de la aceptación del dolor o de las derrotas en las que nos hemos interrogado! ¡Cuántos testimonios de personas que por el cambio y la intensidad de vida que han experimentado están agradecidas por lo que les ha pasado y que nunca habrían querido que pasara! Lo que les ha ocurrido ha sido un trámite misterioso para recobrar el propio yo y para comprender con mayor profundidad la naturaleza de la realidad que ya pensaban conocer.

La realidad es positiva por el Misterio que la habita. Pero, ¿qué hace falta para captar esta “positividad”? ¿Qué hace falta para reconocer de esta manera la realidad? Un uso de la razón según su auténtica naturaleza: capacidad de conocer lo real en todos sus factores. La razón, en efecto, puede captar la realidad como un “dato” vibrante de una actividad y un atractivo, como una provocación y, por lo tanto, como una invitación. «Ser razonables significa reconocer lo que emerge en la experiencia – dice don Giussani –. Y en la experiencia, la realidad surge como algo positivo [este es el desafío que don Giussani lanza a nuestro modo de juzgar: en la experiencia la realidad emerge como un dato positivo]. Es tan positiva la realidad que emerge en la experiencia que inexorablemente aparece como algo atractivo» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*. Ed. Encuentro, Madrid 1996, p. 118).

Sin embargo, si miramos a nuestro alrededor, vemos que lamentablemente este uso de la razón es muy raro, casi imposible de encontrar. Si la razón no capta este misterio que constituye el corazón de la realidad, el hombre cede a la tentación de entender de modo sentimental o moralista la afirmación: «La realidad es positiva», como si significara que es deseable, grata o placentera. ¿Por qué ocurre esto?

Debido a nuestra fragilidad (por la debilidad extrema que tenemos), y al condicionamiento del contexto cultural y social, al influjo del poder que nos rodea, este uso de la razón muchas veces nos resulta ajeno. A causa de nuestra fragilidad y de este condicionamiento, cuando nos tropezamos con una realidad que muestra un rostro negativo y contradictorio, nuestra razón – que originalmente está abierta a la realidad – retrocede, tiembla, se confunde. Basta con que aparezca en el horizonte de la vida cotidiana un inconveniente para poner en duda su positividad. Lo vemos en nuestra vida diaria: en cuanto algo no va según nuestros deseos, entramos en crisis. Mucho más, ante una crisis como la actual, de dimensiones incalculables. La realidad pasa, de ser un signo que nos abre, a ser la tumba en la que a menudo todos nos ahogamos.

Exactamente en esta situación dramática, el Misterio, al entrar en la historia, vino a traer su contribución decisiva, como demuestra la historia del pueblo de Israel. En el documento sobre la crisis se habla de la tradición judeo-cristiana como fuente de una postura humana: por su propia naturaleza, en efecto, la fe es un acontecimiento capaz de volver a despertar en cada hombre su sentido religioso, su razón, y de sostener y cumplir su capacidad de estar en la realidad y de tratar cada cosa según su verdadera naturaleza; nos permite, por tanto, percibir la positividad de la realidad. En el culmen de la historia del pueblo de Israel, Cristo vino precisamente para esto: volver a despertar nuestro yo para que pueda afrontar cualquier desafío. Cristo no nos prometió que nos ahorraría ningún esfuerzo, sino que nos permitiría afrontarlo todo – lo cual es muy distinto – y nos acompañaría hacia la victoria. Cristo viene también hoy, porque también nosotros, al igual que el pueblo judío, en el momento de la crisis experimentamos una situación de fragilidad insuperable para nuestras fuerzas. Cristo no se encarnó para ahorrarnos el trabajo de nuestra razón, de nuestra libertad, de nuestro esfuerzo, sino para hacerlo posible, porque esto es lo que nos convierte en hombres y nos permite vivir la vida como una aventura apasionante incluso en medio de todas las dificultades, también y sobre todo en tiempos de crisis, cuando todo llega a ser una cuestión de vida o muerte, de manera que no perdamos ni la cabeza ni el alma. Cristo se hace compañero nuestro para volver a despertar toda la capacidad que la razón tiene de reconocer la realidad. Cristo vino para volver a despertar el sentido religioso, para que pudiéramos ser “más” hombres – poniéndonos en las mejores condiciones para mirar la realidad según su verdadera naturaleza –, y no para hacer de nosotros unos “visionarios”.

«La cultura dominante de hoy – escribía don Giussani – ha renunciado a la razón para conocer, para reconocer la evidencia con la que la realidad se propone a la experiencia, es decir, su carácter positivo. Y ha renunciado al afecto a la realidad, al amor a la realidad. Ha renunciado a este amor, porque para reconocer la realidad como surge en la experiencia es necesario aceptar el impacto que se recibe de ella. El hombre no acepta la realidad tal como aparece, y quiere inventarla a su modo [sus palabras que ahora cobran un significado ulterior ante la actual situación financiera, no son palabras en balde], quiere definirla a su gusto, quiere darle el rostro que quiere» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal*, op. cit., p. 120).

En esta situación se comprende la relevancia histórica de la batalla que Benedicto XVI ha emprendido, ante la indiferencia general, para la defensa de la verdadera naturaleza de la razón, para «ampliar la razón», para una «razón abierta al lenguaje del ser», es decir, para un yo capaz de afrontar cualquier desafío.

Don Giussani describe así el camino para un “rescate”: «Aceptar *la existencia como necesidad* de construir, como necesidad de alcanzar el destino, de tener una finalidad, pues construir quiere decir colaborar en la realización de una finalidad, en el desarrollo y cumplimiento de un designio; amar la *racionalidad*, amar la razón, verdadera guía del hombre, luz de la experiencia; reconocer el *afecto* como corazón del hombre, fuego y calor de la experiencia; y estimar la *libertad*, de modo que al ejercer su posibilidad de elección no se convierta en una hoja afilada, en un cuchillo que corte por medio la proporción originalmente misteriosa, activamente constructiva y fascinante que tienen el conocimiento y el afecto, sino que se abraza a la experiencia en la totalidad de sus factores, sin perder nada de lo que existe, de lo que nace ante nuestros ojos y de lo que toca nuestra corazón. «Reemprender» es posible si tenemos nuestros pies bien firmes sobre el terreno de la *naturaleza* tal y como ésta aparece en la experiencia, tal y como se plantea en la experiencia, tal y como se impone en una experiencia que se ha cerciorado de sus factores originales» (*Ibi*, p. 120-121).

Precisamente en esto Cristo demuestra su excepcionalidad, porque restituye el hombre a sí mismo. Por lo tanto, un sentido religioso vivo es la verificación de la fe; de la misma manera, un uso verdadero y pleno de la razón constituye una verificación de la fe, es la prueba poderosa e inconfundible de una relación reconocida y vivida con Cristo como contemporáneo a cada uno de nosotros. El cristianismo no se añade a la vida del hombre desde lo exterior, como una superestructura, como una idea piadosa, sino que aclara, educa y salva la naturaleza misma del hombre, herida pero no anulada por el pecado original.

«La primera consecuencia (...) es una esperanza inexorable como sentido último de la relación con las cosas, como sentido último del camino entre las cosas: es una positividad que vence toda adversidad que se experimenta. San Pablo, de hecho, dice la frase más revolucionaria de toda la literatura universal: *omni creatura bona*, toda criatura es un bien. [...] Por eso – concluye san Pablo – *omnia cooperantur in bonum*: todas las cosas cooperan a la positividad de tu vida, al bien» (L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 293-294).

Poco antes del martirio, Santo Tomás Moro consolaba a su hija con estas palabras: «Nada pasa sin que Dios lo quiera, y estoy seguro de que cualquier cosa suceda, por muy mala que sea, en realidad será por algo bueno» (De la carta de Margaret Roper a Alice Alington, acerca del coloquio tenido con su padre en la cárcel; cfr. Tommaso Moro, *Lettere*, Vita e Pensiero, Milán 2008, p. 385).

Lo vemos otra vez: la realidad es signo. No depende de una decisión nuestra que sea así. Es así. La crisis nos invita a todos – a nosotros y a los demás – a comprobar la verdad de esta afirmación. ¿Cómo?

La crisis es la circunstancia que el Misterio no nos ha ahorrado – como no ahorró pruebas al pueblo judío – para que lo comprobemos ahora; las circunstancias, en efecto, son parte esencial, no secundaria, de nuestra vocación de hombres. Si ante el contexto actual no vivimos la realidad en su verdadera naturaleza, quiere decir que no vivimos una fe auténtica, que no es verdadera fe cristiana y que, por lo tanto, no la vivimos como el reconocimiento de una Presencia que exalta nuestra humanidad original. Y en ese caso la fe es inútil, porque no es capaz de hacernos vivir ahora, en esta situación. Por el contrario, paradójicamente, la crisis puede representar la posibilidad de verificar la conveniencia humana de la fe, su razonabilidad.

En la medida en que aceptamos este desafío y llevamos a cabo personalmente esta verificación, sabremos dar razón de la experiencia que vivimos, podremos ofrecer un camino, una sugerencia, podremos estar ante los demás con un rostro cultural, podremos ofrecer algo más que la queja de todos – ya sobran mucho las quejas –, porque, como hemos repetido tantas veces, «la contribución de los cristianos será decisiva sólo si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad» (Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos*, 21 de mayo de 2010). Bien, si nosotros aceptamos este trabajo, tendremos una riqueza de experiencia que podremos compartir en el diálogo con todos, y descubriremos en qué consiste la incidencia histórica de los cristianos.

«La crisis: un desafío para cambiar» marca el comienzo y la urgencia de una batalla cultural pública, de CL en cuanto tal, en primer lugar con nosotros mismos, que pertenece a la experiencia de la fe tal y como la hemos recibido, y que es una batalla por lo humano y el intento de comunicar a los compañeros de trabajo, a los amigos y a todos los que encontramos, la esperanza que vivimos. Pero sería una esperanza ilusoria, sin fundamento, si no fuera sostenida por una verificación de la experiencia, por un verdadero uso de la razón. Como nos testimonia el Papa, los cristianos no serán creíbles porque se hagan más “piadosos”, sino porque usan adecuadamente su razón, ofreciendo de veras una contribución real – él mismo lo testimonió en su viaje a Alemania, desafiando todos con un uso distinto de la razón –.

Sólo así podremos ofrecer una contribución verdaderamente decisiva. Si no, seremos insignificantes para nuestros hermanos los hombres – a pesar de que nos afanemos como

todos – y no responderemos a una tarea histórica: dentro de la crisis al igual que los demás, volver a despertar la esperanza. Y esto lo podemos hacer los cristianos – a pesar de ser frágiles como todos –, por el don que hemos recibido y que no podemos guardarnos para nosotros.

Nuestro documento sobre la crisis nace de un juicio: el ímpetu de cada uno es un bien para todos; la energía del yo no se agota en sí misma sino que construye un pueblo. La historia de Italia lo muestra claramente, como hemos visto en la exposición sobre los *150 años de subsidiariedad*: ante situaciones muchos peores que la actual – pensemos en la posguerra, cuando Italia estaba destruida –, personas movidas por un ímpetu positivo se han reunido, han tomado iniciativa y han reconstruido el país.

Don Giussani nos es verdaderamente amigo, porque nos indica en qué consiste la originalidad de esta batalla cultural. Son palabras pronunciadas proféticamente en 1986, durante los gloriosos años 80, cuando el mundo parecía navegar hacia un futuro radiante y la crisis parecía imposible: «La solución – decía entonces – es una batalla para “salvar”; no una batalla para detener la astucia de la civilización, sino la batalla por redescubrir y testimoniar la dependencia del hombre con respecto a Dios. Lo cual ha sido a lo largo de todos los tiempos el verdadero significado de la lucha humana, la lucha entre la afirmación de lo humano y su instrumentalización por parte del poder, cosa que ahora ha llegado al extremo. (...) El peligro más grave de hoy no es ni siquiera la destrucción de los pueblos, las matanzas, el asesinato, sino el intento del poder de destruir lo *humano* [nuestro único recurso]. Y la esencia de lo humano es la libertad, la relación con el infinito. Sobre todo en Occidente el hombre consciente de su humanidad [con todos los que comparten esa consciencia] tiene que librar esta batalla entre la religiosidad auténtica y el poder. El límite del poder es la religiosidad verdadera. El límite de cualquier poder, civil, político o eclesiástico [que sea]» (L. Giussani, «Cristo es todo lo que tenemos», *Huellas*, n. 2, 2002, p. IV).